

DOS RELATOS DESENTERRADOS Y DOS CUENTARIOS

**(BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA / 137
BISONTES BRILLANDO EN LA PARED DE LA CAVERNA
1 / 2 / 6)**

TRUEQUE TRUNCO



En la mesa del bar había una grapa llena y dos vacías. Y una mujer con un adolescente, aunque los dos tendrían la misma edad: veintitrés, como máximo.

-¿Qué le pasará a Yuyo, que no vuelve? -preguntó el muchacho.

-Ah, él siempre hace cosas así, no te preocupes.

-Dijo que iba a hablar por teléfono, ¿no?

-Debe haber ido al bar de enfrente. Dijo que iba a llamar a la madre que está muy embromada, creo.

-¿A las dos de la mañana?

Ella subió los hombros.

-Dejalo -chistó, tomándose la tercera grapa. -Que reviente por ahí. Bueno, seguí contando. ¿Al final qué es lo que diablos quiere, tu mujer?

El muchacho miró hacia la calle neblinosa.

-Yo qué sé -suspiró. -Está desequilibrada.

-¿Y es tan sexy como dice Yuyo, che?

El otro sonrió apenas. La mujer tuvo un brillo en la mirada. Era una mirada pantanosa, que se tragó aquel odio con la misma velocidad con que se hubiera tragado el amor o la pena. Pidió dos grapas más.

-Bueno -dijo burlándose. -Brindo por el amor. Ya se te va a pasar.

El muchacho trató de sonreír, siempre mirando hacia la calle..

-Mirá -murmuró ella, entornando los ojos. -La primera vez que yo me hice lo mismo que se hizo tu mujer me puse tan enloquecida que corrí a la Estación Central y tomé el primer tren que salía y me bajé en Trinidad, me acuerdo. Y me quedé en la plaza conversando con un lustrabotas. Hasta tarde. Fue tan lindo hablar así, borrándome de todo.

El muchacho la miró.

-Yo no quería que se lo hiciera -dijo después, escondiendo la boca entre las manos. -Pero tampoco me puse contento cuando quedó embarazada.

Tenía una mirada fluvial culpablemente pura. Y una inocencia y una inteligencia que, juntas, fastidiaban. Ella le arrastró un dedo por la manga.

-Bueno, basta -pidió. -No pienses más en eso. Ya se te va a pasar. ¿Me acompañás a casa?

-¿Y Yuyo?

-Dejalo. Que reviente.

Ella terminó el vaso y sacó plata. Él también. Vino el mozo y atrás pasó una chiquilina de minifalda. La mujer la miró con el barro excitado. El muchacho ni la vio.

-Vamos a esperar un rato más -pidió, cuando pagaron.

-Decime, Abel: vos te sentís muy amigo de Yuyo, ¿no?

-Sí. Somos muy amigos. Hace años.

-Siendo tan diferentes.

-Eso no interesa. Yo lo quiero, al maldito. Mirá: últimamente venía a casa casi todas las noches a cenar, por ejemplo: decía que precisaba vernos juntos para purificarse -Abel tosió, besándose a escondidas la palma de la mano. -Aunque Gabi ya andaba revirada

hacía tiempo, pobrecita, eso no te lo conté. La debacle fue este invierno pasado. Ya no aguantaba más que yo escribiera ni que militara, y ella sintiendo que no quería seguir cumpliendo años. Nada le venía bien, además. Y nos peleábamos mucho, insoportablemente. Una vez llegué del comité de madrugada y la encontré vestida de largo, a la bella durmiente, con un antifaz de pintura corrida y una flor en el pelo, como cuando fue Miss Parque del Plata -suspiró. -Perdón, ¿cuál era tu nombre?

-Me dicen Bicha.

-Ah, cierto. Mirá, Bicha: Yuyo me ha ayudado mucho, estos últimos tiempos, en el Partido y en casa. Es un amigo. Y Justo desde que Gabi me dejó, hace dos semanas, no lo puedo localizar, ¿te das cuenta? Recién me llamó, que quería presentarte, y al rato de encontrarte se borra así de golpe, che, qué pasa. Quiero que le hable a aquella, lo preciso. La mujer miró rápido a la calle. En una punta de la boca tenía fastidio, y en la otra diversión. Le acarició una mano.

-A lo mejor ustedes son tan amigos porque ninguno de los dos sabe quererse nada más que a sí mismo, nene. ¿Por qué no venís a charlar un rato a mi pieza? Y nos olvidamos de ellos.

Abel se refregó los ojos, entonces, largamente.

-Vamos -resucitó. -En la esquina hay taxis.

Cuando llegaron a la esquina ya lloviznaba y él abrió la puerta de un coche.

-Subí vos -le dijo. -Yo no voy a poder acompañarte.

Bicha mostró los dientes, sin creer.

-¿No venís?

-No. Estás muy rica, en serio, pero Yuyo es mi amigo y vos andás con él, y yo estoy enamorado de Gabi.

La mujer entró al coche y dio un portazo.

El hombre quedó en la vereda con los ojos abiertos como un dos de oro oscuro, manoseado.

1975

LA ROSA TATUADA



CUANDO LA empleada nueva volvió a hacer la pieza 16 Santiago estaba empezando otro vaso de vineta y oscilando entre dos excursiones al recuerdo. La muchacha cruzó por la administración de la casa de citas con los ojos clavados en el montón de sábanas que llevaba en los brazos, pero Santiago Rosso supo fulminantemente que había visto un sangrado virginal.

Era tan joven, había pensado el domingo anterior cuando la vio pasar con su primer montón de sábanas y fundas. No calculó su edad, pero sí el color de los chistes que le gustaban. Nada de verde, pensó lustrando una copita y sirviendo vineta inmaculadamente. Después la llamó. La muchacha cruzaba por la administración en dirección opuesta al lavadero con un paso entre torpe y cohibido, y una mirada miope que se parecía a un cielo de Van Gogh. Santiago no necesitó el chiste. Bastó bajar del taburete y agarrar la copita y acercarse con ojos de solemnidad para que ella se riera roncamente. “Bienvenida al Palacio, señorita. Yo soy el viejo que prepara los tragos y las dolorosas, además de atender el teléfono interno. Digo viejo porque hoy cumplo setenta. Hace más de cuarenta que trabajo en la casa y me gustaría tener el privilegio de que la nueva compañera probara esta vineta hecha con uva de mi huerto”. Ella volvió a reírse. Estaban enfrentados en el centro de una pieza amarilla que se mantuvo milagrosamente liberada un momento del motor o el timbrazo o algún mozo gritón. El viejo alzó la copa para hacerla brillar bajo los tuboluces. Eso hizo florecer dos monedas rosadas sobre los ojos de la muchacha. Pero recién cuando sus labios la prensaron (unos labios masculinos y rojos como todo su rostro) voló un denso pavor evaporado. Santiago no precisó más y sin embargo agregó endureciendo su uno cincuenta y cinco: “¿Sabe cómo me llaman en el barrio, señorita? Muhammad Alí. Y saben lo que dicen”. La muchacha se rio con demasiado ruido, le devolvió la copa y el viejo cosechó la mirada final del arcoiris.

DESPUÉS VOLVIÓ a sentarse y esperó la excursión al recuerdo tomando más vineta. Ahora tenía los ojos entornados y una expresión de muñeco feliz alzando su cabeza inocente y desnuda como un huevo pintado por un niño. Entonces empezaron a aparecer las manos. Eran las manos de cuando Santiago no solamente jugaba de half derecho en Liverpool sino que trabajaba de vendedor en una supertienda. Había llegado a ser el mejor vendedor de la calle Agraciada, y todo por esa bendita habilidad para acariciar las manos de algunas mujeres cuando la tela estaba cobijándolas. A Santiago le importaba nomás que la belleza triste, y una tarde de abril una muchacha diminuta lo miró parpadeando y se casaron. Veinte meses después la tienda se fundió. Fue exactamente a la semana de que Liverpool ganara la peor final por el descenso que se jugó jamás, en un clima de batalla campal con balazos y todo. Lo que Santiago prefería recordar era la manera de persignarse de algunos jugadores al entrar a la cancha y aquel gol del principio del segundo tiempo, cuando él empezó un ataque por su raya y se metió hasta el área y amagó una vez más (eso fue lo divino) para llegar al fondo y puntearla a este palo. Los dirigentes lo recompensaron con su brillante puesto en la casa de citas.

PERO AL otro domingo, cuando la empleada nueva cruzó por la administración con los ojos clavados en el sucio envoltorio de la rosa, la paz del viejo desapareció. Habían pasado diez minutos y ella no abandonaba el lavadero, mientras el moco del otoño golpeaba contra los tragaluces que a Santiago ya no le parecieron turbios ojos de buey sino de parca. De repente hizo un gesto sobrehumano (se descorrió el horror con la mano rabiosa) terminó la vineta y se paró. Antes de ponerse un pilot y una boina de tamaño escolar espió traviesamente el lavadero. Después entró en el corredor para desembocar en la receptoría, donde un adolescente empilotado leía el último best-seller satánico. “Vamos” dijo Santiago frotándose las manos: “Corré a tomarte un vaso de vineta. March”. El muchacho subió unos ojos transparentes y una sonrisa mínima y fruncida: “No quiero, viejo. En serio, ya le dije”. Santiago subió un brazo como para pegar un violento revés, y Floreal dejó el libro y corrió en dirección a la administración. Viendo su brillo en el corredorcito el viejo se apiadó de Floreal. Ya lo había convencido de que estudiara electrotecnia o algo por el estilo para liberarse a tiempo del Palacio, pero no había podido convencerlo de que leyera un mísero Evangelio. Joder con Satanás, pensó mirando para afuera justo cuando dos focos inundaron una zona de lluvia. Entonces corrió hacia el coche y encontró un rostro tenso de muchacho barbudo y muy parecido a su sobrino Abel, que parecía aureolado por su contrabando. Les señaló el garage 4. “No está mal la vineta, reconozco” dijo Floreal haciéndole la venia cuando él volvió empapado a la receptoría. “Es más dulce que el mundo, por ahora” se rio Santiago. Y al volver a colgar el pilot y la boina en la administración, se persignó lo mismo que en las canchas.

ELLA ESTABA sentada arriba de un cajón con las piernas cruzadas a lo Buda y los lentes brillando al lado de un zapato. Santiago escuchó el zumbido de los lavarropas y sintió que la rosa ya no estaba tatuada en una sábana, sino trancada contra esa garganta. “Señorita” le dijo. La muchacha vibró como si la arrancaran de su pozo de infancia con un diapasón. “Me parece que a usted le hace falta brindar” dijo el viejo ahuevando los ojos: “¿Por qué no -por ejemplo- por la pareja que acaba de casarse hoy aquí, en el Palacio?”. Un relámpago azul sacudió a la muchacha. “No entiendo” murmuró. “Bueno, hoy tuve el honor de mandar al garage 16 a una pareja que llegó a casarse. Le aseguro que son inconfundibles. El amor encandila” dijo el viejo agachándose. La muchacha empezó a quedar al rojo, pero se puso los lentes enseguida y él se escapó corriendo a atender el

teléfono. Cuando volvió trayendo dos copitas la muchacha se rio y le preguntó: “Y usted es casado”. “Ya va a hacer medio siglo, señorita” dijo el viejo subiendo la vineta. Entonces vio a la muchacha humeando entre otra luz y cosechó la rosa indestructible.

DESPUÉS ENTRARON juntos a la administración. “¿Y cómo pudo ver a la pareja de la 16 si usted siempre está adentro?” preguntó ella de golpe, con un cielo desconfiado en la mirada. El viejo se acercó para hipnotizarla mejor: “Bueno mijá, no se lo vayas a contar a nadie pero resulta que de vez en cuando nos cambiamos de puesto con Floreal. Porque al nene le gusta la vineta. Hoy ya vino a manguearme como cinco veces”. Y señaló el pilot y el sombrero mojados, mientras un arco voló entre los iris de los dos compañeros de Palacio.

1978

FE A DOMICILIO

16 RELATOS



quinta edición

A veces pienso en ganar alturas, pero no escalando hombres.
Antonio Porchia

Pecadores no son los que hacen lo que quieren, sino lo que no quieren.
Epicteto

Tengo un miedo terrible de ser un animal de blanca / nieve, que sostuvo padre / y madre con su sola circulación venosa. / Y que, este día espléndido, solar y arzobispal, / día que representa así a la noche, / linealmente / elude este animal estar contento, respirar / y transformarse y tener plata. Sería pena grande / que fuera yo tan hombre hasta ese punto.
César Vallejo

ESTRELLAS

para Manuel Espínola Gómez

EL DOCTOR Rabí vuelve de trabajar muy tarde y recién al salir del garage descubre que hay un cuerpo tirado en el jardín y se le acerca dando grandes zancadas chuecas.

-Senel -dije. -Carajo. ¿Qué hacés aquí a esta hora? Casi me da un infarto.

-No grites -sonríe el muchacho desproporcionado y perfecto como una garza.

-¿Pero qué estás haciendo, carajo?

-Mirando estrellas. Te pido por favor que no armes líos: si mamá se despierta ya no se duerme más.

Entonces me senté en el pasto y confesé:

-Yo ya no entiendo nada.

-Lo que pasa es que estás destruido, viejo. Agarraste muchas guardias juntas. Cuando estemos en Valizas voy a invitarte a darnos baños de estrellas en el mirador. Ahí se te pasa todo.

-¿Pero tu madre sabe que te das estos baños?

El muchacho sonríe y murmura sin arrancar los ojos del infinito:

-Me parece que no. No le cuentes, mejor. Va a empezar a joder otra vez con que preciso un psicólogo.

-¿Y cómo diablos hacés para tirarte aquí a las cuatro de la mañana sin que ella se dé cuenta?

-Salgo por la ventana.

-¿Todos los días?

-Depende. Ya había probado alguna vez el verano pasado.

Tuve ganas de despatararme al lado de él, pero me puse a morder un pastito y dije:

-Te juro que no es sermón, Senel. Me imagino que debe estar buenísimo bañarse con estrellas. Pero te quedaron ocho materias para febrero. Y lo único que te vemos hacer es dormir y escuchar música y hablar por teléfono con las chiquilinas.

-Pero no tengo ganas de morirme.

Rabí baja el perfil con los ojos cerrados y su papada se hunde en la decrepitud.

-Cada vez que volvés de una guardia muy jodida o mamá va al cementerio o nos puteamos groso con Poli te ponés a gritar que te querés morir. Es lamentable, viejo. Ya no se banca más. Te juro que es lamentable.

Entonces me dejé caer en el pasto y recién me di cuenta que estaba amaneciendo.

-Y yo te juro que con los pacientes trato de ser un santo -retruca Rabí, pálido.

Senel me agarró una pierna.

-¿Qué edad tenía aquel chiquilín que encontraste tirado en la calle esperando que lo pisara un auto para irse al cielo? -demora en preguntar el hijo de Rabí.

-Tendría cinco o seis años.

-¿Y vos no lo llevaste a la casa y lo calmaste explicándole que el cielo empieza en el suelo?

-Sí.

-Y es la pura verdad.

-Che: ya se están apagando casi todas las estrellas y yo dejé el garage abierto.

-Yo entro por la ventana -se desperezó Senel. -Mirá que Poli y mamá me obligaron a dejarte un pedazo de torta de puerros por si venías con hambre.

-Gracias -dice Rabí. -Venía muerto de hambre.

NAVIDAD

para Jodi Themmes

RABÍ DEJA de presionar el cuello del paciente y dice:

-Ya calmó. Espectacular. Menos de diez segundos.

El tipo siguió mirándose la tetilla que ya no le saltaba y preguntó:

-Qué me hizo.

-Un masaje carotídeo.

El doctor espera que termine de correr el electrocardiograma mientras el paciente cincuentón de mirada muy azul y facciones graníticas parece juntar aire para murmurar:

-Usted cree en Dios.

No me pude dar cuenta si era una pregunta, así que diagnostiqué observando a la mujer gorda que prendía un cigarrillo con el otro al lado de la cama:

-Su esposo tuvo una taquicardia paroxística supraventricular, señora. -Nada grave. Tiene que evitar los estimulantes -café, mate y ese tipo de cosas- y hacerse los estudios que le mande el cardiólogo. Usted acaba de explicarme que hay un factor subjetivo importante de por medio, además.

-Mi hermano siempre fue ateo -dice el hombre de rostro muy poceado y mirada de transparencia casi troglodita. -Pero yo nunca supe si creer o no creer.

Entonces me di cuenta que la mujer iba a empezar a llorar otra vez y le hice señas al enfermero para que levantáramos campamento.

EL MÉDICO se despide del paciente y sale del dormitorio a las zancadas, mientras el enfermero le pregunta a la mujer cuál es su apellido de soltera y descubre que fueron compañeros en el liceo Rodó. Y de golpe vi a la chiquilina saludándome desde la puerta-ventana que daba al balcón y nunca podré saber por qué fui a darle un beso.

-Mi papá ya está bien -pregunta ella, ofreciendo el brillo de su ortodoncia.

Apenas pude contestarle con la cabeza, porque en ese momento descubrí al hombre-cadáver sentado en el balcón: no podía pesar más de cuarenta quilos y me miró tratando de sonreír.

-Jessica -grita la mujer, después que el enfermero y el chofer salen del apartamento creyendo que Rabí ya está en la calle. -¿No podés dejar tranquilo al doctor? ¿Por qué no te quedaste en tu cuarto?

-Vení, Jessica -dije, agarrándola de la mano. -Buenas noches, señor.

Pero el hombre que está sentado en la reposera clava sus grandes córneas en un lugar remoto del piso y no contesta.

-JESSICA -SE desorbita la mujer. -¿Qué hacés que con eso puesto? Ya te expliqué mil veces que el traje de comunión no es para disfrazarse de novia.

-Tío Julio me pidió que me lo pusiera.

Yo recién me daba cuenta que aquello significaba algo más que un vestido blanco con una crucecita colgando.

-Bueno, andá a ver a papá -le acaricia el pelo la mujer a la niña de ojos enormemente azules y prende otro cigarrillo. -Lo acompaño, doctor.

Y apenas salimos al palier cerró la puerta de calle y murmuró:

-La verdad es que cuando le dije que mi cuñado Julio estaba muriéndose me olvidé de aclararle que había venido a pasar las fiestas en casa. Vive en Porto Alegre.

-¿Y cómo se animó a viajar en ese estado?

-Ellos son muy unidos. Es horrible decirlo pero ya no podemos aguantar verlo sentado allí todo el día. Sin hablar. Gasta toda la fuerza que le queda en comer o ir al baño o acostarse. Nada más. Y nos mira.

-¿Tiene cáncer?

-No. SIDA. Vuelve al Brasil mañana de mañana, a internarse en una clínica de Santa María.

La mujer y el doctor se despiden sonriendo suavemente.

ORO

-ME CASÉ con la muchacha de los ojos de oro -dice Rabí cuando su esposa le trae el mate a la cama.

Ella se quedó parada un momento en el sol y sentí como nunca que era la floración más impar del planeta.

-Qué está tocando Poli -pregunta el hombre, eufórico.

-Walton -contestó Brenda. -Pa: otra vez el teléfono. No paró de sonar desde que ella empezó a estudiar.

-No atiendas. Quedate aquí conmigo. ¿Vos sabés que al principio me pareció Piazzolla?

-Teléfono para vos, papá -entra al dormitorio una chiquilina diminuta y de rasgos casi orientales que parece llevar puesta sólo una camisa blanca.

-Quién es.

-El enfermero.

-¿Pero qué carajo quiere a esta hora? Lo aguanté todo el fin de semana a ese lumpen baboso y me viene a llamar el lunes a mediodía? ¿No se puede vivir un podrido minuto de paz en este mundo?

Brenda y Poli se miraron.

-Decile que estoy bañándome -ronca Rabí mordiendo la bombilla.

-No precisás hablarle. Dice que te paga una jugada al Cinco de Oro, a ver si salís de pobre. Cantame a mí los números y chau. Capaz que la embocamos.

-Yo no juego a esas porquerías.

-Pero te invita él. Capaz que la embocamos y me puedo comprar un bulín y no tengo que bancarte todo el día con esa histeria, hermano.

-Basta, Poli -dijo Brenda.

-Mirá -ruje Rabí. -Avisale a ese alma podrida con berretines de médico que una cosa es aguantarle el atrevimiento y la autosuficiencia porque les barre el patio a los de arriba y otra cosa es aguantar que pretenda cambiarme la vida. ¿Me entendés? Aquí hay una guitarra de concierto flamante que nos costó ochocientos dólares, pero fueron ganados laburando con dignidad. Yo a los diecinueve años daba inyecciones a pata por todo el centro para comprar mis libros y me hubiera mordido bien la lengua antes de insultar a mi viejo.

-Basta, gordo -dijo Brenda.

-Mi padre se está bañando y no puede atenderlo -destapa el tubo del teléfono la chiquilina, llorando blandamente.

Pero apenas cortó se arqueó como para zambullirse y dijo:

-Vos no sos un histérico, papá. ¿Sabés lo que sos vos? Una mierda. Yo me voy a estudiar a lo de Olga porque el domingo quiero tocar Walton aunque se acabe el mundo. Y aunque nadie me pague.

RABÍ SACA las piernas afuera de la cama y se pone a tomar mate. Y a los cinco minutos escuché a mi mujer diciendo en el jardín:

-Chau, hijita. Tomate un taxi, si querés. Y si te quedás a dormir en lo de Olga avisame con tiempo.

-Bárbaro -ladra Rabí, cuando Brenda entra al cuarto. -Tengo una suerte bárbara. Es como para jugarle a todas esas porquerías juntas que inventan para que la gente se masturbe soñando con ser feliz en Cancún en lugar de ser gente. Y encima soy una mierda.

-Pero la heriste, gordo.

Nos quedamos callados durante un rato largo, hasta que ella fue al baño y al volver me acarició una sola vez la espalda.

-Senel está durmiendo -dice Brenda, desnuda.

Y después sentí que éramos una especie de guante lleno de oro invisible.

SUDOR

-¿CONOCE ESTE club, doctor? -le pregunta el enfermero a Rabí cuando el móvil de emergencia para frente al Marítimo Punta Gorda.

-Sí -le contesté mecánicamente. -Aquí jugaba al básquetbol mi hermano. La cancha estaba en un terreno baldío que había enfrente.

-Me acuerdo. Yo aquí vine a jugar varias veces con Defensores de Maroñas. ¿Le pasa algo, doctor?

-Estoy muerto -le dije, aunque debí decir: -Esta mañana discutí con mi hija y la herí como mi padre jamás me hubiera herido. Y lo más repugnante de todo es que yo tenía razón. Lo que más me importó fue tener razón, mierda.

-Me parece que usted se toma las cosas muy a pecho, doctor. Toma más precauciones que si fuera a atajar un tiro libre de Bengoechea.

Rabí observa de reojo al chofer pero ninguno de los dos se ríe.

-BUENO -INFORMA Rabí. -Es muy probable que los dolores sean de origen coronario, aunque el electro no da nada.

El paciente era un gordo muy morocho que me miraba con demasiado cariño.

-Entonces no va a haber que trasladarlo -interfiere el enfermero. -Esta noche ve la televisión tranquilo.

Pero el gordo no le dio la menor pelota, y me dijo con una lunita en cada ojo:

-Yo era delegado de mesa cuando su hermano jugaba en los menores del Marítimo. ¿No se acuerda de mí? En el club me decían el Oso Barney.

-No -se frota la papada arcillosa y lampiña el doctor. -Yo soy cuatro años menor que Jerónimo.

-¿Su padre vive?

-No.

-Su padre era un tipo bárbaro. Sin despreciar a nadie.

-¿Se tomaba las cosas muy a pecho? -se volvió a desbocar el enfermero, empezando a levantar campamento.

-Mire: mejor vamos a trasladarlo -sonríe Rabí de golpe. -No creo que tenga nada del otro mundo, pero hay que prevenir.

Y sentí que el sudor de la espalda se me volvía una especie de flotación dorada.

-EL MARÍTIMO ya no existe como club -dice el hombre instalado en la camilla de la ambulancia, mientras le van poniendo el suero. -De mañana funciona un Jardín de Infantes público. Y de noche hay karate.

Y apenas arrancamos me preguntó:

-¿Y su hermanoooooooo?

-Hizo un paro. Fibrila -ruje Rabí.

Y le dimos un choque de 300 Joules y retornó al ritmo cardíaco enseguida, con lucidez y todo.

-QUÉ LO parió. Un día de estos va a tener que darme lecciones de precaución con la marcha atrás -le desliza una guiñada el chofer a Rabí, cuando suben al móvil para hacer el siguiente llamado.

El enfermero hundió la cabeza como si le hubieran pegado un gancho en el estómago. Pero Rabí retruca:

-No. Yo soy un peligro. El que seguía dar marcha atrás a toda velocidad y sin herir a nadie era mi viejo, loco.

BISONTES

para Mariluz Suárez

RABÍ BAJA del móvil completamente transpirado y entra chuequeando a la seccional policial. Me atendieron enseguida.

-Menos mal que su hermano traía cédula de identidad y pudimos localizarlo a usted -dice el sargento, agriado.

-¿Qué pasó?

-Lo encontramos borracho en la puerta de un conventillo, provocando a dos malandras. Él dice que lo robaron, pero además de la botella de Chivas que traía en una bolsa debe haberse tomado otra entera. Y eso que lo detuvimos a las tres de la tarde.

-Nunca toma así.

-¿Está bien de la cabeza?

El doctor se aplasta el pelo rubio ya muy raleado y clava la mirada en el mentón del sargento cuando dice:

-Dónde está.

-En la pieza de acá al lado. Si usted pudiera llevárselo firmando un parte médico no tiene ni que pasar la noche en el calabozo. Pero lléveselo lo antes posible, doctor. Hace un rato se le reventó la botella que tenía contra el suelo y uno de los muchachos hizo un chiste sobre el precio del whisky y su hermano lo agredió. Hubo que sosegarlo un poco, pero está todo en orden.

-¿Le pegaron?

-No, doctor. Por favor. Lo que traía era un raspón bastante feo en la mano, aunque él dice que se lo hizo caminando por Helsinki o algo así. No coordina absolutamente nada.

Entonces me froté la nuez y dije:

-Ta. Los finlandeses. Creo que esta semana llegaban unos finlandeses. Le acaban de traducir un libro a mi hermano. Y son todos muy mamertos.

-¿Un libro de qué, doctor? Si se puede saber.

-De poesía, sargento.

RABÍ ENTRA a la piecita y observa la masacre del Chivas Regal sacudiendo la cabeza.

-Opa -lo saludé, sin sentarme. -Cómo andás, flaco.

-Mal. Me trataron de robar hasta el alma en la calle. La calle es el Matto Grosso, doctor Rabí.

-Buenos, vamos a casa. ¿Qué te pasó en la mano?

-Fue un raspón contra la pared de la caverna, me parece.

-Estás muy mamado, loco.

-Sí. Fue por festejar tanto. Vos no sabés los siglos que demoramos en hacer bisontes comme il faut.

-Bueno, dale de una vez. O te vas a tener que quedar a dormir en el calabozo.

-Siglos adentro, viejo. Y la tribu con hambre y con miedo y no había caso: había que dibujárselos.

-Qué había que dibujar.

-A los bisontes, Cristo. O si no reventaban de desesperación. La tribu precisa ver la cosa allí, quieta. ¿Entendés? Y el día que nos salió un bisonte comme il faut durmieron todos, viejo. Y nosotros llorábamos.

El hombre mal vestido y muy alto y muy flaco bizquea sedosamente y murmura:

-Porque habíamos cazado la luz del mundo. Y había paz en la tribu. ¿Entendés o no entendés?

-Sí -contesté. -Vamos, que ya pasó.

El doctor demoró bastante en llevar abrazado a su hermano hasta el móvil. Después hice el parte médico, me devolvieron la cédula de Jerónimo y aquella noche no tuve más remedio que descerrajarle el sermón demoledor que le correspondía.

WHISKY

RABÍ TERMINA de revisar al adolescente de largo pelo rubio que ronca en un sofá y diagnostica:

-No es nada. Tomó unos cuantos whiskys y se durmió, nomás. Aunque la forma de alcoholizarse es realmente muy rara.

-Quisiera hablar a solas con usted, doctor -dijo la despampanante dueña de casa, y les pedí al enfermero y al chofer que me esperaran en el móvil.

La mujer se acerca a la mesa donde se alinean dieciocho vasos -catorce con una medida doble de whisky y cuatro vacíos- y agrega:

-Mi hijo se quiso suicidar.

-¿Es su hijo?

-No. Mi hijastro. Pero lo adoro igual que si lo hubiera parido. ¿Usted sabe cómo se suicidó Dylan Thomas?

-No. Ni siquiera lo leí.

Ella agarró un papelito que había arriba de la mesa y antes de dármelo informó lacrimosamente:

-Se mató así. Tomando dieciocho whiskys puestos en fila arriba de un mostrador. Y además Alex dejó estos versos de Dylan Thomas en lugar de una carta.

El papelito escrito con lapicera reza: *Y tú, mi padre, allí, en tu triste apogeo / maldice, bendice, que yo ahora imploro con la vehemencia de tus lágrimas. / No entres dócilmente en esa noche quieta. / Rabia, rabia contra la agonía de la luz.*

-Es impresionante -me atreví a comentar. -Tengo un hermano poeta que admira a Dylan Thomas.

-¿Y también es alcohólico?

Rabí observa el mentón de la mujer y demora un momento en contestar:

-Tengo que irme, señora. Le aconsejo una consulta psiquiátrica urgente. Más no puedo decirle.

-Yo soy psicóloga. Profesora de literatura y psicóloga -jadeó ella, y el precioso lunar que tenía sobre los labios me empezó a taladrar con un odio encabritado. -¿Por casualidad no leyó el artículo que salió hace dos viernes en *El País Cultural* sobre Dylan Thomas?

-No. Casi no tengo tiempo para leer.

-Ahí se dice la verdad sobre ese pitufo sucio y mentiroso y borracho.

-Discúlpeme, señora. Pero tengo que seguir trabajando.

Entonces la mujer señala hacia el sofá y ronquea:

-¿Sabe lo que pasó hoy, doctor? Pasó que antes de salir para el aeropuerto mi marido tuvo que contarle la verdad al pichón de poeta: que la madre era borracha y murió de cirrosis a los veintinueve años. Porque Alex ya llegó al colmo de la provocación. Mi marido viajó a París para hacer una especialización y tratamos de almorzar en paz y al nene se le ocurre poner al dúo Presti-Lagoya otra vez. Para toearnos un poquitito más. Vive poniendo eso desde que le trajimos los CD de Alemania, el verano pasado.

-Es un dúo extraordinario.

-¿Los conoce?

-Tengo una hija guitarrista.

-¿Sabe de qué murió Ida Presti a los cuarenta y dos años, doctor? De cirrosis.

-No. No es verdad, señora. Y lo que tocan con el marido es una conversación de rezos enamoradísimos. Así dice mi hermano.

-Váyase, doctor. Rápido.

-Cómo no. Buenas noches.

Y al pasar por el sofá me atreví a acariciarle la cabeza al muchacho y ella aulló:

-No vuelva a tocar a Alex: Alex es mío. Es mi hijo. Y yo no soy ninguna noche quieta, ¿oyeron? Manga de repugnantes.

MADRE

para Saúl Ibargoyen

I

-¿PUDIERON LOCALIZAR a Jerónimo? -pregunta Rabí al entrar al apartamento de su madre.

-Sí. Acaba de llegar. Pidió para quedarse un momento con ella -contestó mi mujer, haciéndome señas de que no pasara al dormitorio.

-¿Quiere un café, doctor? -pregunta la vecina que encontró muerta a la madre de Rabí. Entonces abracé a mi mujer y me animé a decir:

-Habrás muerto durmiendo.

-No. Se suicidó, doctor -parece sonreír la vieja obesa con facciones de enana. -¿Le traigo un cafecito? Recién lo hice.

-No. Muchísimas gracias.

Rabí cae en el sofá sin dejar de abrazar a su esposa.

-Yo estuve ayer con ella -dijo la vieja. -Y encargamos un pollo al autoservice y nos quedamos viendo televisión hasta tarde porque andaba muy triste. Ella los precisaba mucho a ustedes.

-Yo vine ayer de mañana -dice Rabí, chorreando una palidez verde.

-Pero venían a verla muy de vez en cuando. Y además ella quería vivir con su hermano, desde que él se divorció. Y él no le daba corte.

-Señora, voy a pedirle que nos deje un rato solos. Le agradezco muchísimo lo que hizo por mi madre.

La mujer reculó con total impavidez y antes de cerrar la puerta jadeó:

-Ella los quería con locura a ustedes. Se pasaba todo el día nombrándolos, doctor. Los nombraba mucho más que a su padre, que en paz descanse.

-Hacía mucho que sabíamos que la mujer de nuestro padre estaba enamorada de nosotros -murmura Rabí después de cerrar con llave y pasador.

Y se agacha en el suelo como para jugar a la bolita y agrega: -Lo que nunca supimos fue cómo no trató de ahorcarnos para que no creciéramos.

Y entonces me animé a preguntarle a Brenda cómo se había suicidado mi madre y ella apelo-tonó el pañuelo y dijo:

-Se ahorcó, mi amor.

RABÍ ENTRA al dormitorio y ve a su hermano sentado de espaldas, cargando a la mujer envuelta en una sábana: enfrente -sobre la cómoda- hay una Piedad tridimensional de Miguel Ángel comprada en Roma por el propio Jerónimo. Me acerqué a mirar la cara morada de mi madre y sentí que a mí ya no me quedaba nada por devolverle.

II

RABÍ SE abre paso hasta una mesa del Luzón en donde están comiendo sus hijos y su hermano.

-Tenía razón Jerónimo -se chupó un dedo Poli. -Este gramajo es lo mejor que se inventó en el Uruguay después del dulce de leche.

-¿Pido otra botella de vino? -le pregunta Jerónimo a Rabí. -El de la casa es muy malo.

-Por mí no. Hoy tomo Coca. No tengo hambre, además.

Y me di cuenta que mi hermano ya estaba casi del otro lado y le dije:

-No tomes más por hoy, flaco. En serio. Haceme esa gauchada.

-¿Por qué no le contás a papá lo que te pasó esta tarde en el velorio? -sonríe apenas Senel.

-Che, papá: ¿y si pedís un gramajo grande y lo comemos a medias? -puso cara de nena chica Poli.

-Okey -dice Rabí.

-Yo me voy a tomar una botellita de un cuarto -decidió mi hermano bizqueando con irresistible dulzura, y Senel me hizo una seña y dije:

-Ta bien. Entonces te acompaño con un trago. ¿Qué fue lo que te pasó esta tarde?

Jerónimo vacía su copa y se alisa la pelambre motuda que le rodea la calva antes de cerrar los ojos para contar:

-Le descubrí la línea de flotación a mamá. ¿Viste cuando estuve parado un rato al lado del cajón? De golpe me fue llegando una cara celeste como de alrededor de treinta años, totalmente feliz. Y sentí que esa es la cara que le va a quedar viva.

-Mozo -subió un brazo Poli. -Otro gramajo grande.

-Y otra botella de Cabernet -agrega el doctor Rabí, enderezándose de golpe.

COCODRILO

para Ana María De Caro

-DISCULPE LA indiscreción, doctor: ¿pero usted es judío o no es judío, al final? -pregunta el enfermero cuando el móvil deja atrás un macizo de eucaliptos y la luna aparece como un doblón en la paz suburbana.

-Por parte de padre -dije. -Mi madre era católica.

-Yo no pude ni llorar cuando murió mi madre -parpadea el enfermero.

Y entonces estuve a punto de confesar:

-Yo me pasé la primera parte de mi adultez sufriendo por no entender que mi madre era perversa. Y la segunda mitad sufriendo por haberlo entendido.

Pero Rabí contempla fijamente el amanecer lunar y parece tragarse un bolo de cicuta.

-NO PODEMOS con él, doctor -explica un sacerdote muy joven, mientras avanzan por la galería del convento. -No se cuida para nada. Hoy dio misa a las siete de la mañana y le vino el broncoespasmo. Y ahora lo veo muy mal.

Tuve la sensación de que los ojos del curita me ofrecían un azul demasiado sedoso.

-PARECERÍA UNA gripe virósica, nomás -dice Rabí, después que Rabí le dispara al sacerdote viejo cuatro inhalaciones. -Vamos a hacerle 20 de Prednisona por día y un par de blecomoles cada seis horas. Con eso va a andar bien. ¿Ya se siente mejor?

-Gracias por lo de maestro -se rio el hombre encorvado y de aura inoxidable. -Hace un rato me sentía como un pez en la orilla.

-Dios provee -dice el curita, aplastándose una lágrima con afectada puntillosidad. -Esta vez nos asustamos.

-Dios no precisa el llanto de ningún cocodrilo -retrucó el viejo, seco. -¿Sabe en qué me entretuve durante todo el día, doctor? En combinar avisos de San Juan de la Cruz. Y formé uno que dice: Mejor es vencerse en la lengua que hacer milagros. Eso le calza a todos los hombres de todas las doctrinas. ¿No le parece?

-Cierto.

Rabí mira al enfermero y el viejo tose muy seco y dice:

-La lengua es la guillotina que usan los inquisidores, los pastores de almas maledicentes y los pequeños Judas aristócratas.

-Bueno. Tranquilo, padre -dice el curita hinchado por un azul de acero. -El doctor tiene que irse.

-¿Sabe lo que me recordó mi madre antes de morir, doctor? -insistió el hombre arqueado. -Que hay que hay que ayudar a Dios, como dice San Pablo en la carta a los corintios. Y de allí sale que Cristo necesita tanto de nosotros como nosotros de él. Para eso trabajamos. Aunque de madrugada haga un poco de frío. No renacemos para nuestra gloria: construimos el perdón.

-CUANDO SE pone a hablar no lo para ni Cristo -se disculpa el curita muy colorado en la puerta del convento. -Qué luna, madre mía.

Yo ni le contesté.

MISS

para el Negro Jefe

-NO SABEMOS qué le pasa, doctor -dice el padre de la muchacha mientras cruzan el living. -De repente empezó a toser y a toser y a toser y ahora se nos ahoga.

-Yo pienso que es la guerra de nervios que estamos viviendo desde el compromiso - alcanzó a murmurar la madre al entrar al dormitorio. -Esto es peor que cualquier telenovela.

-Cómo te llamás, hija -pregunta Rabí apoyando la mano sobre las trencitas africanas de la chiquilina ovillada por la tos.

Y apenas me arrodillé presionándole la nuca se calmó y contestó:

-Rosángela.

-¿Estás resfriada, Rosángela?

-No.

-¿Sufrís de asma?

-No.

-Bueno, entonces quedate tranquila. Antes que me olvide: ¿me podrías conseguir un autógrafo de Picaflor? El otro día los vimos con mi hijo en el noticiero.

La muchacha de cuerpo de pantera y ojos oceánicos sonríe y vuelve a toser desenfrenadamente.

-La inhalo-cámara, por favor -tuve que sacudirle un hombro al enfermero. -Dos disparos.

El enfermero y el chofer dejan de observar la pared-altar donde Picaflor Cortés -el golero de Peñarol y la selección uruguaya recién vendido a Italia- posa solo o en grupo desde su nacimiento hasta la fiesta de compromiso con Rosángela.

-Ta -dije después de las inhalaciones. -Ya pasó. Y mantenete tranquila: si te morís de amor no vas a poder casarte. ¿Desde cuándo se conocen con Picaflor?

-Desde el Jardín de Infantes.

Rabí mira de reojo al chofer y le obstruye el asedio carnívoro al escote de la chiquilina diciéndole:

-Ahora vamos a revisarte para descartar cualquier cuadro respiratorio y dormís unas horas en paz. Y pase lo que pase no le hagas caso al diablo, hermana.

-DIABLA, DOCTOR -me corrigió la madre de Rosángela cuando volvimos al living. - Fue la mejor amiga de ella la que mandó grafitear los muros de la cuadra. Ella misma se lo confesó hace un rato por teléfono, como si tal cosa.

-Y yo me agarré a piñazos con una barra de la cooperativa y terminé en la Seccional y todo -agrega el hombre de motas erizadas, señalándose un moretón. -Porque la miss había

hecho correr la bola de que fueron los muchachos los que escribieron la concha negra de Rosángela por toda la cuadra. Pero fue ella: la actual Miss Uruguay. Aunque parezca joda.

-Desde la fiesta del compromiso que no la deja en paz -me sondeó la mujer color café con leche. -Y mire que al bombardeo de la prensa ya estamos acostumbrados. Pero esto es diferente.

Rabí contempla un póster donde los rulos de Picaflor Cortés flotan como un trigal de Van Gogh y sentencia:

-El mundo da mucha guerra, señora. Ahora hay que pensar en el amor y seguir defendiendo el arco con calidad. Es lo único que sirve.

TELÉFONO

para I.

RABÍ Y su hijo llegan a la última playita de Valizas cuando ya se distinguen algunas estrellas.

-Y si nos quedamos un rato aquí -me preguntó Senel.

-Como quieras. Para mí vale todo.

Rabí y el chiquilín con complexión de garza se sientan de espaldas al atardecer.

-Bueno -siguió Senel. -Te explico lo del teléfono.

-Okey.

-Son muchachas que me llaman. O yo las llamo. Nada más.

-Eso ya lo sabíamos.

-Pero ellas me precisan. Más allá de si gustan de mí o no. Es muy bravo de explicar.

-¿Pero por qué hablan tanto?

-Hablamos lo que precisamos.

-¿Son todas del liceo?

-No. Hay amigas que conozco de las fiestas, también.

-¿Pero por qué tiene que ser durante tantas horas y todas las noches, loco? Te lo digo en una buena.

-Eso no está planeado, papá. Vos sos médico de urgencia y curás a la gente a la hora que te llaman.

-¿Y vos curás?

-Yo escucho. Nada más. Y converso. Y ellas se sienten bien.

De repente Rabí entorna los ojos y murmura:

-Dios mío. Mirá lo que está saliendo del agua.

Senel torció la cara y dijo:

-Es Baloma Regusci. A veces se baña aquí, a esta hora. Muchos pibes se mandan por estas playas nada más que para verla.

-Y por qué está rapada.

-No sé. Pero sigue siendo lo más precioso que hay en todo Valizas.

La muchacha de grandes pechos desnudos termina de emerger y cava una mirada fosforescente en Senel mientras se baja un momento el bikini para sacudirse la arena. Mostró el vellón azul y se escapó corriendo.

-Che, viejo -dice Senel al rato. -Creo que quiero ser cura.

Me di cuenta que estaba hablando en serio.

TÚNEL

para Olga Pierri

-¿SABÉS QUE aquel domingo que tocaste Walton en el museo fue uno de los mejores momentos de mi vida? -le dice Rabí a su hija mientras vuelven por la costa de Valizas cargando un cernidor, una pala y dos baldes de berberechos.

Poli esperó unos pasos para escarbarme:

-¿Y cuáles fueron los otros momentos más importantes?

-Fueron seis, en este orden. Primero: el día que nos casamos con tu madre. Segundo, tercero y cuarto: cuando nacieron vos y tus hermanos. Quinto: la madrugada que reanimé a aquella muchacha haciéndole masajes y respiración boca a boca durante una hora. Sexto: la vez que logré sacarle a Tato Carro las ganas de morirse con una adivinanza.

-¿Y a cuál de todos se pareció más el momento del concierto?

Rabí observa la transfiguración solar de los ojos de Poli y contesta:

-Creo que al de la muchacha.

-Por qué. Qué sentiste.

-Sentí tanto amor por la belleza que supe que esa cosa total -esa especie de reverberación interior y exterior que le ves al océano, por ejemplo- ya era la vida eterna.

De golpe Poli se frenó y me sondeó desde su metro cincuenta, con incredulidad.

-¿Y cuántos años hace que no salías del túnel? Porque cuando Tato Carro se quiso suicidar yo tenía seis o siete.

-Entonces calculá. Cuando diste el concierto llevaría doce o trece años sin nadar en el reino. Porque una cosa es soñarlo o respirarlo pero otra es agarrarlo, hermana.

-Sos un oso muy triste, doctor Rabí.

-Y vos sos una Misobaco Yanosuda con ovarios geniales.

La muchacha carcajea tintineantemente y apoya el balde en la orilla para acomodarse el sombrero de paja.

-¿Sabés que el día del museo Olga me pidió que tocara para vos, osobuco? Porque estábamos peleados a muerte: ¿te acordás? Y cuando vino el apagón y seguí con la Bagatela sentí que ya no era yo. Aunque nunca sabré quién carajo tocaba.

-Bueno -dije. -Está bien. Lo que importa es saber en qué parte de la playa se agarra el berberecho.

ASADO

para L. y J.

-ME ENTERÉ que ahora te llaman la muchacha de los ojos de oro -le dice Jerónimo a Brenda, cuando los Rabí bajan del auto.

Mi mujer sonrió como una modelo del Cinquencento y entró a hacer la ensalada.

-¿Marcha el asado? -le pregunta Rabí a su hermano. -¿Ya me robaste whisky?

-Sigo con el mate, loco -subió un dedo orgulloso Jerónimo. -Y el asado es un adagio prestilagoyano. ¿Cómo les fue?

Rabí se acerca al parrillero acariciándose la nuez y murmura:

-Nunca pensé que ir en familia al cementerio pudiera ser tan lindo.

-Mirá vos.

-Y pensar que Poli y yo nos enojábamos cuando Brenda iba con Senel. Y hoy Poli se quedó un rato parada frente a *La piedad* de Yepes y dijo que ella se acordaba de Sabrina.

-Y a lo mejor se acuerda.

-¿Traigo el whisky?

-¿SABÉS QUE hoy escuchando a los Presti-Lagoya mientras armaba el fuego visualicé el problema de la Humanidad? -empezó a dar vuelta los chorizos Jerónimo, muy transpirado.

-Te felicito.

-Y lo calé clarísimo: una cosa como un trazo para atrás en la cueva. Apenitas. Y nos vi a todos cazando, además. Nunca me había pasado.

-¿Cazando qué?

-La certidumbre de la inmortalidad. Porque lo que hizo Cristo fue terminar de destapar el tarro con la fogata adentro, loco. Realmente. La cosa es seguir arrimándole astillas de gran tiempo. No lo inventás: lo ves, lo sellás y lo das. Como si rebobinaras el trazo de la más dimensión y lo alargaras.

-Cristo -chista Rabí. -Qué difícil que es ser tu hermanito menor.

-No quiero imaginármelo. Ser hermano de un tipo que sólo puede querer a Dios y a sus poemas más que a sí mismo debe ser espantoso. Vos querés a tu familia y a tus amigos y a tus pacientes más que a vos mismo, gordo. Se te nota a la legua. Tenés una hija muerta y sos capaz de encontrar el paraíso en un cementerio. ¿Dónde queda la tumba de mi matrimonio muerto?

-Calma -dije.

-Los poemas no son gente, hermano. Y yo no sé querer santamente a nadie si no es a través de eso. ¿Entendés?

-¿Falta mucho para el asado?

-Unos quince minutos.

-¿Por qué no ponés a los Presti-Lagoya?

-Okey -bizquea Jerónimo. -Dejame rebobinar el cassette que tiene Bach.

DESNUDO

para M. M.

RABÍ LLEGA de hacer una guardia al amanecer y encuentra a su esposa tapada enteramente con una sábana. Me di cuenta que no estaba durmiendo.

-Esta tarde llamó Rosso -dice Brenda después que Rabí se acuesta.

-¿Rosso?

-El escritor. Está produciendo una película y me ofreció un papel.

-Qué bien.

-Pero no puedo hacerlo.

-Por qué.

Brenda demoró mucho en contestar:

-Rosso se cree que los profesores de educación física no nos desfiguramos por dentro.

-No te entiendo.

-Es tan fácil. Yo todavía puedo dar treinta años en una pantalla, pero no puedo hacer un personaje que termina en una playa sintiéndose más eterno que una estrella.

-No está mal.

-No me jodas.

-¿Cómo que no te joda? Siempre dijiste que el privilegio de los actores es estar obligados a ser lo que no son y sentir lo que no sienten.

La mujer se frota la cara con la sábana y camina hasta el espejo del placard.

-Tengo que hacer un desnudo, doctor Rabí -me gritó casi con odio. -¿Todavía no te diste cuenta? ¿Te parece que puedo hacer un desnudo resplandeciente así nomás?

-Bueno -murmura el hombre. -Con lo preciosa que sos no veo por qué no hacerlo.

-Porque cuando voy a ver Sabrina salgo del cementerio sintiendo que le llevé flores a un tesoro que se me terminó.

Entonces Brenda dejó caer la sábana y se observó los pechos como si tuviera que darse de mamar a sí misma.

LLANTO

in memoriam L.R.

-QUÉ PASÓ, Pali? -le pregunta Rabí a la chiquilina que mira el techo del móvil como si fuera el cielo.

El enfermero le iba limpiando la herida del brazo pero a ella todavía no le dolía.

-Yo vi que se caía un pedazo del techo de la piscina y me tiré al agua -le cuesta contestar a Pali. -Lo que no entiendo es cómo fue que no me lastimé.

-No tenés nada -dijo el enfermero. -Vas precisar una suturita, nomás.

-Me parece que una chiquilina de mi grupo se ahogó.

Rabí se pone blanco y murmura:

-Quién sabe. Había demasiada gente. Pali es tu sobrenombre, ¿no es cierto?

-Sí. Yo me llamo María de la Paz.

-Mirá que ya localizamos a tus padres. Deben estar esperándote en el sanatorio.

La chiquilina volvió a mirar para arriba y dijo:

-Cuando me hundí vi a mi hermana Lucía. Estábamos bailando *El amor después del amor* con mis padres y mi hermano, como la noche que ella se murió. Pero hoy la vi bailando con nosotros.

Rabí mira al enfermero igual que si dijera:

-¿Escuchaste?

Y recién me di cuenta que él también había perdido un hijo.

VIP

para Guillermo Fernández y Leonel Roche

-MIRE QUE no pusimos la sirena porque usted esté grave -le explica Rabí al paciente de perfil venerable. -Lo que pasa es que hoy llega la Sub-20 del Mundial y el tránsito es un infierno.

El hombre setentón me escrutó con dulzura y después de unas cuadas le hizo una seña al enfermero para que le sacara la máscara de oxígeno.

-Tranquilo -ordena Rabí. -No le conviene hablar.

-Ya pasó lo peor -sonrió el hombre encrestado por un sedoso orgullo juvenil. -Con el asma cardíaca ya nos entendemos mejor que con mi esposa.

Y después de regularizar casi agónicamente el ritmo respiratorio agrega:

-Quería decirle que usted se está portando como un ángel.

-Perdón: le estoy hablando en serio. No se agite, arquitecto.

Y me encorvé para agarrar la máscara de oxígeno pero el Very Important Person ordenó:

-Necesito decir lo que le estoy diciendo, doctor. Mire que los políticos somos tristes actores. Tenemos que esconder los sentimientos en lugar de expresarlos.

-Hay mucha gente así. Y no todos son políticos. Ahora hágame caso y trate de respirar tranquilo, por favor.

-No me ponga la máscara -enseña los colmillos postizos el arquitecto. -Preferiría morir expresando mis verdaderos sentimientos.

-Bueno: igual vamos a tratar de no dejarlo morir, en todo caso.

-Los grandes sentimientos son la verdad del mundo, doctor. Y mire que me refiero a los tesoros espirituales de la gente. El odio es otra cosa.

-Totalmente de acuerdo.

-Y una cosa es luchar por conservar los tesoros sociales proyectos de espiritualidad y otra ser conservador.

-También estoy de acuerdo.

-Yo nunca fui conservador. Yo estuve en la derecha, en la izquierda y en el centro. Pero nunca defendí las fortunas personaleeeeeees-

-QUÉ LO parió -comentó el enfermero cuando arrancamos para hacer el siguiente llamado. -Nunca había visto un VIP tan gente. Y pensar que siempre me pareció un pelucón de mierda.

-A mí también -baja la papada arcillosa Rabí. -Lástima que haya sido imposible salvarlo.

-Disculpe que me meta, pero usted estuvo bien en dejarlo largar el sermón de despedida. Y lo más triste es que estos viejos no le deben importar un carajo a los tiburoncitos que vienen atrás de ellos. Para la mayoría de los otros VIP debe ser como un ascenso.

No me pude reír.

TABOR

para Jorge Boccanera

-PARA MÍ esto no Atlántida. Este es el barranco de la transfiguración -dice el hermano de Rabí, cebando el primer mate. Como si uno ya estuviera afuera del mundo. Y sano. Hay momentos que me parece que podría hablar con papá, por ejemplo.

-Pero estamos en el mundo -dije estúpidamente.

-No. Yo acampé en la montaña para siempre, botija.

Rabí recibe el mate y porfía:

-Lástima que tengas que laburar toda la semana en Montevideo.

-No importa. Yo sigo aquí. Y esculpo a toda hora poemas transfigurados por la granulosidad de la más dimensión. Son levadura pura.

-Levadura del reino -sentí que quería a Jerónimo tanto como a papá.

-Carne pura del reino.

Entonces aparece un Rover rojo último modelo y estaciona polvorientemente frente a la casita. No pude reconocer a la ex-mujer de Jerónimo hasta que dio unos cuantos pasos largos por el jardín: parecía una modelo disfrazada de nena, aunque estaba más linda que nunca.

-Sabía que iba a encontrarte soñando -grazna la mujer estrábica, separando las piernas igual que en una pasarela.

-Qué querés.

-Ya sabés lo que quiero. Quiero los dólares que me corresponden por la traducción al finlandés de *Los montes de Tabor*. Aunque sean cinco dólares.

-Basta -me paré. -Fuera.

-Ale -sonrió Jerónimo, agarrando la pantorrilla lampiña de su hermano. -Ya te dije por teléfono que no te corresponde nada por ese libro.

Alejandra subió el rostro y dejó que dos gotas le quedaran colgando de las mandíbulas como pezones de oro. Suena el viento en los pinos. Entonces ella se fregó la mirada vacía y siseó:

-Ladrón loco borracho egoísta castrado decile a tu hermano cuáles eran los montes de Tabor para vos, desde que nos conocimos. Decíselo, basura.

Jerónimo me soltó la pierna y tuve la sensación de que el pajarería era una maquinaria destinada a armonizar los derrumbes humanos.

-Bueno -chista Rabí, mirando con piedad el escote de la mujer. -Yo puedo imaginármelo.

Pero ella alzó el mentón y antes de salir corriendo hacia el auto gritó:

-Me las vas a pagar, judío degenerado. Yo no doy nada gratis. Y si seguís enamorado de la más dimensión de mis tetas pagá y chau. O no escribas. Mi marido te va a mandar un abogado a ver si aprendés a no sacarle tajadas a la gente.

-¿TE ACORDÁS cómo era ella hace menos de cinco años? -vuelve a cebar un mate tembloroso Jerónimo.

Yo estaba tragando cicuta en el portón y grité:

-Habla más fuerte. No te oigo.

Pero el otro incrusta la mirada en la flotación solar de la callecita y murmura sonriendo:

-Contestame, papá.

1997

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL FACEBOOK

30 RELATOS



1 / VACACIONES

Este enero decidí abrir una cuenta en Facebook y puse en mi perfil la foto donde J.D. Salinger aparece con una criatura rubia cargada sobre los hombros.

Como soy un hombre público, elegí el discreto seudónimo de *Detective de almas*.

Cuando tenía quince años llegué a pasarme noches enteras hablando con muchachas y la inflación de la cuenta telefónica me trajo terribles líos en casa, pero nunca me di por vencido.

Y ahora que cumplí cuarenta lo que más me desespera es verles la tristeza en la misa del domingo, especialmente a las madres que no aceptan el envejecimiento físico.

Les lavaría los pies.

En el Facebook me encontré con el carnaval mundano en plena bipolaridad, y el primer problema serio lo viví al aceptar como amiga a una dama cuyo seudónimo era *Ella* y tenía en el perfil una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro.

La información íntima de nuestros muros era prácticamente nula, pero a los dos nos apasionaba colgar verdaderos torrentes de maná cultural.

Y aunque nunca hubo chateo, a veces dialogábamos a través de las reflexiones adjuntas a las imágenes o a los textos y un día la dama comentó abruptamente que el mejor tesoro que puede compartir un hombre es su mirada.

Y me retiró la amistad y sentí que lo único que *Ella* necesitaba era lo que yo escondía.

Entonces entendí que un cura que usa el Facebook en secreto durante sus vacaciones puede llegar a transformarse en un enamorado peligroso.

2 / SUICIDA

Un domingo lluvioso me pidió amistad una adolescente que se identificaba como *Franny Glass* y sabía muchísimo más que yo sobre la vida y la obra de J.D. Salinger.

Tenía un estrabismo tan vulnerable en la mirada marrón que me enamoré ipso facto.

Pero lo que me escalofrió fue que en su muro figuraran nada más que un álbum con las fotos de su comunión y otro con las de una película donde protagonizaba a una puta que recupera la sonrisa al ser izada en brazos por un cliente igual que si fuese una bailarina.

Y después que chateamos varios días me mandó un cuento que me hizo temblar.

Era la historia de una pintora ennoviada con un muchacho que no podía soportar que ella tuviera unas gigantescas alas blanquísimas y terminaba por obligarla a incendiárselas abajo de la ducha.

El plumaje había empezado a crecerle cuando tomó la comunión en la parroquia San Alejandro.

Y de golpe se me ocurrió revisarle el primer álbum y enseguida detecté el estrabismo enamorado en aquella carita de nueve años: yo mismo había catequizado a la Franny Glass facebookera.

Ella ya me había confesado en el primer chateo que le costó horrores perdonarle a J.D. Salinger que Seymour Glass fuera un santo suicida.

Y entonces le mandé un verso de Abel Rosso que dice que perdonarse la vida es traicionar al diablo, y la muchacha resucitó colgando por primera vez el ícono de una sonriente carita dorada y fue como si bailáramos.

3 / MISERIA

La misma noche que vi *Elefante blanco* publiqué en mi muro un llamado público a sumergirse en aquella película si se quería entender de verdad lo que significa el *amor al horror*.

A veces una sola crisis de vaciedad de las que sufrimos los párrocos en vacaciones puede dejarnos más molidos que el cansancio amontonado durante todo el año.

Y yo salí del cine admirado pero muerto.

A la otra noche una mujer modiglianesca me compartió un testimonio sobre el mártir a quien está dedicada *Elefante blanco*, y cuando supe que ella trabajaba como asistente social en Paso Carrasco le mandé un mensaje preguntándole si sería capaz de hacer el amor a escondidas con un cura en el asentamiento y me dijo que sí.

Y después que comentamos desbocadamente la escena más hermosa de la película sentí que la lubricación de los sexos era mutua.

Entonces le confesé que yo era cura y que estaba dispuesto a dejar los hábitos para casarme con ella y lo peor es que me creyó.

Y no le estaba mintiendo.

Chateamos hasta el amanecer, y cuando ya teníamos elegidos los nombres de nuestros futuros hijos la mujer modiglianesca me confesó de golpe que era homosexual.

Fue la primera vez que la miseria de amor me desbarrancó en serio.

Pero antes de dormirme con más paz que dolor pensé agradecidamente en aquella escena que nos hizo vivir algo tan parecido a un romance entre ángeles.

4 / SÁBANAS

Una mañana me desperté sintiéndome tan vacío después de un hermosísimo sueño montañoso que lo primero que escribí en mi muro fue: *Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero.*

Y casi inmediatamente una mujer idéntica a mi madre me etiquetó el poema más espeluznante de Idea Vilariño: *Qué horror / si hubiera dios / y si esas dos estrellas / pequeñas parpadeantes y gemelas / fueran los dos ojitos / mequinos / acechantes / malévolos / de dios.*

Entonces no tuve más remedio que retrucar con un texto del libro que mi tío Jerónimo le dedicó a su perra: *La gran pena del mundo ya no es la esclavitud de los hombres sino la humillación de las mujeres. / Ellas bailan a oscuras. / Y muchas veces se tapan el llanto con una sábana. / Sienten que odian a Dios.*

Mi amiga facebookera tuvo la honestidad de reconocer que yo era un verdadero detective, y eso me hizo confirmar que debía estar amortajando en el dormitorio durante horas igual que mi madre cuando empezó a sentirse *expulsada de la vida*.

Yo todavía no era cura, y después de que aquella desesperanza irreversible desencadenó la ruptura de mis padres entendí para siempre que el *amor al horror* es la única salvación posible en este mundo.

Y conste que también uso mucho la sábana.

Pero cuando me abrigo unos minutos la calavera *para volar en alteza de oscura fe* mi montañsidad sonriente me recuerda que en ese breve espacio el reino siempre está.

5 / TRAVESTI

En el facebook los enganches se producen mayoritariamente al barrer y con gente encapuchada por carátulas y seudónimos tan engañadores como los míos.

Estoy casi seguro de que fui yo el que le pidió *amistad* a *Tarea fina*.

Y un día la mujer emblemática por el nombre de una canción ricotera me asombró colgando *Noche oscura*, que hizo que otros cuatro desconocidos citaran inmediatamente a San Juan de la Cruz.

Yo agregué *Suma de perfección*, la *letrilla* que considero más resplandeciente.

Entonces alguien tuvo la repulsiva ocurrencia de preguntar si el santico no sería un travesti reprimido, y *Tarea fina* le contestó que a ella lo único que le importaba era el texto poético y que cada cual hiciera de su culo un pito.

Revisándole el muro supe que era una especialista en teoría literaria y les recomendé rabiosamente a los facebookeros que vieran *La noche oscura* de Saura.

El cineasta español compuso una prodigiosa historia de la prisión del santico, en la que lo hace alucinar cuatro veces con la monja que fue su *novia platónica* en el convento donde se formaban las carmelitas descalzas.

Y en la penúltima aparición la *Amada* encarna el desdoblamiento que le permite consumir la boda interior consigo mismo, que también actúa el papel de *Amado*.

Saura no es nada más que un investigador *agnóstico* de los arcoíris todopoderosos.

Pero apenas lo mencioné la docente me retiró la amistad exigiéndome que respetara solamente el texto y me metiera las pelotudeces biográficas y místicas en el culo.

6 / REINA

Durante una polémica que tuve con unos *admiradores* posmodernos y patoteros de San Juan de la Cruz que llegaron a considerarlo chistosamente como un travesti reprimido perdí el control y terminé insultándolos igual que un barrabrava liverpoolense, pero esa misma noche otra facebookera me amansó preguntándome si existía documentación histórica sobre la amada platónica que fue tan importante para el santico.

Entonces le informé que *Ella* se ordenó con el nombre de Ana de Jesús, y que irradiaba una hermosura numínica que hizo que en Medina del Campo se la conociera desde niña como La Reina.

Y que la futura priora de Beas de Segura y su formador espiritual aprendieron a amarse a la distancia durante toda la vida, según consta en las cartas.

Pero después que mi asombrada amiga quiso saber si era común que los sacerdotes vivieran esa clase de romances perdí completamente el control y le conté que conocía a un párroco que se arcoirisó para siempre con una niña de siete años cuando ella caminaba sonriendo hacia el altar cargando las ofrendas litúrgicas.

Y que fue algo recíproco.

También le conté que él es veintidós mayor que la actual muchacha que vive en Sidney y acaba de ponerle Senel al primer hijo, en homenaje a su párroco amado.

Claro que la facebookera nunca sabrá que yo me llamo Senel.

Y que la niña llamada Reina venía a peinarme antes de cada misa y me apoyaba un ratito la cabeza color Vermeer en el hombro y los dos suspirábamos.

7 / ESTRELLAS

Las dos rarezas adolescentes que desesperaron más a mi madre hasta que sobrevino la inconcebible catástrofe de que su hijo eligiese la vocación eclesiástica, fue pasarme noches enteras hablando por teléfono con muchachas o tomar baños de estrellas durante horas en el jardín.

Mi tío Jerónimo me había contado que el jovencísimo Manuel Espínola Gómez se tiraba a sondear el universo en el puente de Solís de Matajojo y un día probé a hacer lo mismo y me cambió la vida contemplativa.

Me costó dos neumonías, además.

Y ahora que decidí pasar mi mes de vacaciones chateando con mujeres dolientes sin que sepan que soy un párroco, vuelvo a sentirme *en misión* especialmente durante el *dulce abismo* de la madrugada.

Y llego a apasionarme tanto como viendo un partido de la celeste.

No creo que haya nadie que sea capaz de descubrir mi profesión, aunque el material que cuelgo logró que una señora me confesara que ya hacía años que no podía concentrarse un solo segundo durante los Avemarías y los Padrenuestros de cada noche.

Era el primero verano que pasaba sola en Valizas y eso la entristecía horriblemente.

Entonces me acordé de que yo también me había quedado seco a los dieciséis años, cuando sentí que las oraciones aprendidas en la infancia ya casi no me azulaban.

Y eso se lo advierto a la gente bastante a menudo en mis homilías.

Así que le recomendé a la señora que tomara baños de estrellas y fue santo remedio.

8 / CUCARACHO

Mi tío Jerónimo fue un extraordinario poeta tocayo de J. D. Salinger, además de coincidir con él en la mezcla de sangres judía y cristiana que hay en nuestra familia.

Mi primer apellido es Rabí.

Pero lo verdaderamente terrible y hermoso es que mi tío se haya parecido tanto a Seymour Glass, el personaje central de la legendaria saga de J. D. Salinger.

Fue un *santo loco* que también se suicidó, aunque en su caso puede valorarse que el impulso de *dar la vida* haciéndole el amor a una mujer sidosa cuando él ya estaba cardíacamente deshauciado no significa una autoeliminación común.

Jerónimo ya vivía recluso en Atlántida y se enamoró de una vecina infectada por un marido que jugaba a la ruleta rusa con el sexo.

La mujer-muchacha contó después que haber sentido morir a mi tío encima de ella mientras eyaculaban la hizo ascender hacia lo que los místicos llamamos la *contemplación infusa* del mismísimo reino.

Una amiga facebookera seropositiva a la que terminé por contarle esta historia adivinó además que nuestro Seymour debe haberse sentido toda la vida como una especie de cucaracho kafkiano, y tuve que reconocer que gracias a él aprendí a soportar los manzanazos que la propia familia nos clava en el lomo cuando insistimos demasiado en repartirles fe.

Claro que yo soy un cura y por lo menos me limosnean un respeto sincero.

Pero la pureza monstruosa de los cucarachos crísticos jamás es perdonada.

9 / MUROS

Cuando uno se propone transformar su muro del Facebook en un foco de irradiación espiritual removedora, comprueba que a la humanidad le hace falta tanto maná que casi nadie se escandaliza con ninguna señal que aporte *gratia plena*.

Al contrario: tengo amigos de varios países que comentan, intercambian y comparten los mensajes más disímiles que puedan imaginarse.

San Juan de la Cruz o Mozart, Kierkegaard o Cézanne.

O la inmortal sentencia filosófica analfabeta proferida por Obdulio Jacinto Varela: *Si le empatamos a la realidad, le ganamos a cualquiera*.

Lo malo es que esa frase muy poco conocida me recuerde la peor noche de mi juventud, porque mi padre la dejó caer justo cuando estábamos cenando con mi hermana recién llegada de Europa y nuestra unión familiar se deshizo para siempre.

Poli se había ido a estudiar la guitarra en Viena con Álvaro Pierri y se necesitaron cinco años de ahorros para que pudiera volver a pasar un mes de vacaciones en casa.

Yo todavía no era párroco pero vivía en el convento.

Y después que escuchamos el supuesto *koan* del Negro Jefe mi madre se fue al baño gritando que ya no soportaba más vivir entre sabiondos esquizofrénicos, y Poli acorraló a mi padre con un asco asesino y dijo que ella no había cruzado el océano para que el machaje familiar le siguiera predicando los divagues de siempre.

Aquella noche mi madre abandonó la cama matrimonial hasta que se separaron del todo.

Y tanto ella como mi hermana siguen petrificadas detrás del muro de la desesperanza.

10 / DANZA

Tengo dos hermanas: la mayor se llama Paula y acaba de recibirse de Magister Artium en guitarra en Viena, dirigida por el maestro Álvaro Pierri.

La otra es Sabrina y murió de congestión a los ocho meses.

El calabozo de los borrachos es más triste que un nicho. / Y nadie nos explica que los cementerios se disfrazan de parques para que traicionemos a la felicidad. / Los cipreses resucitan casándose con la rosa del poniente. / Y la luna no besa las mortajas.

El día que colgué este texto que pertenece al libro que mi tío Jerónimo le dedicó a su perra, una amiga facebookera hizo un comentario muy inteligente: *Los duelos se terminan cuando dejamos de escuchar los llamados de nuestros muertos para que vayamos a pulverizarnos con ellos en el cementerio.*

Después seguimos compartiendo mensajes de todo tipo, y al final supe que ella había perdido dos hijos adolescentes en un accidente aéreo.

Entonces le conté a la señora lo que pasó en mi casa cuando se fue Sabrina.

Yo soy mayor que Poli, pero pienso que ella *no quiere acordarse* que la noche del entierro de Sabrina bailamos *A rodar mi vida* con mis padres y mi tío en el comedor.

Fue una idea de Jerónimo, y sé que debo ser el único cura uruguayo que le explica a la gente que a veces hay que tratar de agradecer la resurrección bailando.

Y cuando mi amiga facebookera lo supo se maravilló, porque ella y su marido se habían aliviado de verdad el día que necesitaron volver a tanguear como cuando eran novios.

11 / REVERSIBLE

Hay un texto *reversible* atribuido a Clarice Lispector que dice: *Mi vida no tiene más remedio / Estaré engañándome diciendo que / Todavía es posible el futuro que soñé / Tengo absoluta certeza que / Tener un sueño no significa nada / No podría decir jamás que / Mi futuro puede ser brillante / Siento cada vez más que / Ya no tengo esperanza / Y jamás volveré a mentir que / La vida es una gran fiesta / Hoy reconozco que es verdad que / Vivir es no dejarse llevar por la ilusión.*

Y lo colgué en mi muro agregándole una aclaración entre paréntesis: *Ahora prueben a leer esto al revés, desde abajo hacia arriba. Y elijan cómo lo prefieren.*

Entonces vi aparecer una avalancha de aprobaciones que me recordó a las sonrisas que se llenan de Gracia cuando hago algún golazo durante una homilía.

Pero esta vez hubo una mujer de aspecto dulcemente resignado que no quedó conforme.

Y me pasó lo mismo que la espantosa noche que mi padre dijo una frase casi ignorada de Obdulio Varela en la mesa y mi madre y mi hermana lo acuchillaron aullando que ya estaban podridas de aguantarle los delirios *sabiondos* al machaje familiar.

Si le empatamos a la realidad, le ganamos a cualquiera, sentencia el genial koan futbolero atribuido al Negro Jefe.

Y ahora lo único que le importó a mi amiga facebookera fue señalar que era imposible que Clarice Lispector hubiese escrito algo así sobre la esperanza.

Entonces me di cuenta que lo que la molestaba de verdad era la chance que le daba el texto a la existencia del amor inmortal y aquella madrugada recé por ella.

12 / LUMINOSA

Mi tío Jerónimo siempre me dio instrucciones sistemáticas para poner a prueba la *literatosis* provincial, y eso hace que uno termine descartando casi todos los éxitos manijsados por la *culturita* nada más que vichándoles media página en las librerías.

Y un día colgué gozosamente en el muro este párrafo de *La novela luminosa* de Mario Levrero: *Solo en tu alma muchacho, está el camino. Dale cuerda, dejá que se ponga en marcha, y que sea lo que Dios quiera. Lo sublime, la dimensión que no tenemos en cuenta, lo que nos falta no está en ninguna parte y puede estar en cualquiera; hoy aquí, mañana allá, pasado desapareció, dentro de veinte años reaparecerá, tal vez, o no; todo depende de la Gracia -y de cómo ande uno con uno mismo-. Una vez, quizá por azar, la Gracia me tocó en una Iglesia. Tenía treinta y seis años, y esa experiencia, que ya relataré en su oportunidad, hizo que comulgara por primera vez. Hasta a las iglesias puede llegar la mano de Dios.*

Pero el haberme decidido a leer esta enigmática novela póstuma se lo debo a una amiga escritora que un día me comentó que casi todas las últimas páginas fueron escritas entre el 82 y el 83, *para demostrar la existencia de Dios.*

Yo soy teólogo y biblista, y aquel invalorable testimonio de una *amante-adoradora* del *maestro con harén* me obligó a digerir un mamotreto donde la genialidad logra derrotar a la peor y más farragosa obviedad retórica que irregulariza desde siempre a Levrero.

Porque me encontré nada menos que con el milagro de ver aparecer en una historia *todas las estrellas de un hombre*, como lo exigía implacablemente el gran J.D. Salinger.

13 / POLACO

Todos los artículos que se publican en elmontevideanolaboratoriodeartes.blogspot.com se derivan automáticamente al Facebook, y a través de un reportaje tomado de la revista argentina *Somos* supe que cuando Roberto Goyeneche hizo su primera gira europea en el 84 quedó lacrimosamente estaqueado frente la Virgen mientras recorría Notre Dame.

En el lenguaje místico decimos que *Ella se le manifestó* hasta provocarle una *contemplación infusa*.

Y mire si será milagrosa explicaba el Polaco en el camarín de Michelangelo besando una esfinge mariana a cada rato: Vamos al hotel y resulta que cuando abrimos la valija mi smoking no estaba. Todo el mundo revolviendo todo y mi smoking no aparece. Yo ya lo daba por perdido, llega la hora de cenar, bajamos, salimos del hotel y ¡zas!: ahí, colgadito de un auto estacionado, mi smoking, solo, esperándome.

Y hay gente que se burla de estas revelaciones, aunque al mismo tiempo piense que Goyeneche es tan grande como Gardel.

Porque sienten horror frente a las *irrupciones de la dimensión sublime que no tenemos en cuenta*, para hablarlo en Levrero.

Una vez perdí el control en plena misa y casi vociferé que si la resurrección apareciese filmada en la tele, la mayor parte de la humanidad apagaría el aparato enseguida.

Pero lo asombroso es que ayer un muchacho subió al muro la fotografía de un rostro femenino que hizo resplandecer sobrenaturalmente su cortinado durante varios minutos, y tanto él como su novia dejaron constancia que fue mientras escuchaban al Polaco.

14 / BORRACHO

Mi tío Jerónimo nunca pudo curarse de su alcoholismo compulsivo, aunque a toda la familia nos consta que intentó dejar la bebida varias veces y llegamos a tener esperanza en que finalmente renunciara a considerarse un cucaracho kafkiano.

Pero después que mi abuela se ahorcó entendimos que aquella *culpabilización* tan *perfectamente perversa* inventada por su Yocasta lograría derrotarlo sin vuelta atrás.

Este es uno de los cuarenta textos del libro que escribió en homenaje a su perra: *Mi madre empezó a llamarme desde el cementerio. / Mi alma seguía yendo a misa y trataba de contemplar nada más que la floración de la infanta inmaculada. / Pero a veces se hundía en un vino color pulpo. / Hasta que terminó arrastrándose por los basurales del puerto igual que una cadáver.*

Una vez lo tradujeron al finlandés y su ex-esposa vino a reclamarle plata por la *tajada poética* que le sacó a sus pechos, a los que él llamaba *Montes de Tabor*.

Y sin embargo hay que reconocer que cuando mi tío perdía los límites era capaz de descerrajar unas verdades tan crísticas que terminaban por arrancarle pedazos a cualquiera.

Yo no me considero un sacerdote complaciente ni manso, pero jamás podré denunciar ciertas cosas con la violencia poética que enloquecía a Jerónimo.

Y justo ayer elmontevideanolaboratoriodeartes derivó al Facebook un reportaje donde Al Pacino termina comentando: *Alguien me dijo, no recuerdo quién, que el Diablo es Dios borracho.*

Lloré un rato largo a gritos.

15 / BOCA

Conozco a un escritor de la generación de mi tío Jerónimo que tanto en su novela más larga como en sus confesiones cuenta fervorosamente el romance que vivieron en París con una adolescente entre el 73 y el 74.

Abel Rosso tenía 25 años y Bénédicte Trassiorf 15.

Nunca fueron pareja, aunque durante casi un año se saludaron besándose voladoramente las comisuras de las sonrisas.

El muchacho-hombre pudo volver al Uruguay con su narcisismo congénito vencido y ella quedó creyendo en la pureza.

Dos años después Abel dejó de contestarle las cartas a Bénédicte: acababa de casarse y era evidente que su esposa jamás podría aceptar que él siguiera enganchado con alguien a quien siempre llamó la Virgen.

En aquel tiempo Rosso se consideraba un comunista ateo, pero ahora viene a escuchar mis misas con pan en los ojos.

Entre el 87 y el 91 estuvo tres veces en París y no trató de localizar a Bénédicte.

Pero en los 90 Rosso soñó que ella venía a su casa para besarle la mitad de la boca y él se quedaba contemplando un raso lunar divinizado por la PAX-LUX.

Y recién después de romper su largo matrimonio la reencontró en Facebook: Bénédicte vivía en Montréal con sus hijos y era maestra y escritora de historias para niños.

La sobrenaturalidad de Notre Dame no había dejado de habitarla, y entonces Abel soñó que ella llegaba a besarle toda la sonrisa y supo que iba a morir sintiéndose su Hijo.

16 / PERRA

Durante una borrachera que tuve que presenciar a los doce años, mi tío Jerónimo le gritó a su despampanante y tarada ex-esposa que su único mérito fue hacerle entender que cada día amaba más a las perras que a las mujeres.

Y después de divorciarse escribió un libro en homenaje a su perra muerta donde definía así su adoración: *Lola me enseñó que la última belleza es un puente floral que ni los aguaceros del espanto pueden despatarrar definitivamente. / Porque la fe instintiva en los vitrales es capaz de cosernos a otro esqueleto. / Uñas del arcoiris. / Se precisan dos almas para que la desesperanza sepa que ella es el verdadero espejismo.*

A veces pienso que si Jerónimo viviera estaría encantado de ver el activismo militante con el que trabajan algunas muchachas en el facebook para aliviarle la miseria de amor a los cachorros.

Yo estuve a punto de adoptar uno, por ejemplo.

Pero lo que me confundió fue el resplandor amielado de la estudiante de veterinaria que me lo ofrecía.

Algunos párrocos nos enamoramos espejismalmente con una vertiginosidad disparatada, aunque es difícilísimo que se nos mueva el piso en serio.

Esta vez me pasó.

Pero después de soñar que aquel puente floral que me abrigaba el esqueleto era ni más ni menos que la mirada de Lola reaparecida sobrenaturalmente en una muchacha, se me fue el metejón.

17 / TORO

Mis padres durmieron en distintos cuartos durante cuatro años antes de separarse.

Mi madre se iba a las ocho de la mañana y volvía a medianoche, y a veces ni siquiera saludaba con un beso al compañero de toda su vida.

Satanás terminó de entrar en ella cuando me dijo que se sentía *echada a patadas del paraíso*, que cada vez le daba más vergüenza tener un hijo cura y que su única ambición era viajar a Viena a encontrarse con mi hermana Poli.

Al final mi padre tuvo un brevísimo romance liberador con una enfermera de veinte años y terminó viviendo solo en un monoambiente.

Ahora era definitivamente el malo de la película, pero creía más que nunca en la invencibilidad del Espíritu Santo.

Poli se diplomó como Magister Artium en guitarra hace casi un año, aunque nosotros demoramos una semana en saber que mi madre había viajado en secreto a Viena.

Y fue porque una prima le etiquetó fotos a mi padre en el Facebook, haciéndolo sentirse un toro arrastrado panza arriba por el barro del mundo a las cinco en sombra de la tarde.

Seguramente mi madre amenazó a mi hermana con no ir a verla si le contaba al machaje familiar la maniobra *ladymacbethiana*, aunque eso no nos consta del todo.

Lo cierto es que mi padre somatizó el espadazo sufriendo escalofríos de pánico durante meses, y ahora le mandaron hacerse una punción en un tumor multinodal que acaban de detectarle en la tiroides.

Pero lo que no van a poder matarle nunca es la felicidad que le produce amar.

18 / APARICIONES

Una pareja que testimonió en elmontevideanolaboratoriodeartes.blogspot.com haber contemplado la aparición sobrenatural de un rostro femenino en las cortinas de su dormitorio mientras escuchaban *Naranja en flor* cantada por Goyeneche, asegura que desde el primer momento supieron que era la Virgen.

El muchacho pudo sacarle una foto con su celular pero se le apagó enseguida, y cuando quiso usar el de su novia buscando un mejor ángulo la imagen ya había desaparecido entre los pliegues del viento.

Yo pienso que ella siempre está ahí declaró la muchacha cuando la reportearon: *pero que quiso mostrarse solamente durante unos momentos para que nosotros supiéramos que nos está cuidando.*

Y ni ella ni su novio son católicos.

La nota que incluye la fotografía del rostro sobrenatural está primera por lejos en el rating del blog, y cuando terminen mis vacaciones pienso dedicarle una homilía sin consultarlo con el obispo.

Lo maravilloso fue que después que compartí el testimonio con todo mi círculo facebookero, una mujer que utiliza una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro en su perfil y la palabra *Ella* como seudónimo me volvió a pedir amistad.

Me la había retirado argumentando desconfiadamente que el mejor tesoro que puede ofrecer un hombre es su mirada.

Y ahora sentí que *Ella* acababa de contemplar la fe más visible de mis ojos.

19 / VOZ

Mi padre está esperando el resultado de una biopsia, y en las últimas semanas parece como si levitara en un extrañísimo éxtasis que lo liberó irreversiblemente de su insufrible hipocondría por primera vez en sesenta y cuatro años.

Lo que le descubrieron a simple vista fue un tumor tiroideo multinodal que tiene que operarse obligatoriamente porque ya le desvió hasta la tráquea, aunque también es muy probable que no sea maligno.

Yo creo que el verdadero problema es la extraversión incurable del viejo, que ha llegado a decir que se siente consolando a los amigos en su propio velorio y eso es capaz de enloquecer a la gente encepada por la desesperanza.

Mi hermana Poli me llamó llorando desde Viena para comentarme que lo de la tiroides es un poroto al lado de una demencia senil tan temprana, por ejemplo.

En casa las mujeres siempre odiaron a Dios.

Lo bueno es que mi padre sabe cuál es el seudónimo que uso en el Facebook, y el otro día me compartió una versión de *My way* hecha en vivo por un Sinatra veterano pero enterito y terminé sintiendo que aquello era una especie de diamante evangélico.

Y siento que jamás podré escenificar una homilía tan perfectamente centrada en la *buena noticia* como lo irradia esta performance montañosa de Blue Eyes.

Mi viejo no está loco.

Y el poniente se puede transformar en una forma *divertida* de recordar los miedos enterrados y las lágrimas que supimos secar para siempre siendo nosotros mismos.

20 / CREER

Lo primero que colgué en mi muro facebookiano maquiavélicamente sacerdotal fue una *Respuesta a la alegría pirotécnica que el mundo despilfarra durante los festejos de fin de año*.

La frase pertenece a la película uruguaya todavía no editada *Jesús de Punta del Este*, y figura en un *making-off* estrenado ya hace años: *El consumismo salvaje es capaz de incendiarnos la fe para vender tristeza*.

Entonces el escritor Abel Rosso colgó la célebre performance de *What a wonderful world* estrenada en el 67 por Louis Armstrong, con este comentario adjunto: *Satchmo acá actuó*

como los profetas de hace milenios, anunciando que el reino eterno ya reina en este mundo.

Y enseguida se le tiraron arriba los *sabios que no saben nada* explicándole que la canción fue compuesta para tapar la vergüenza de Vietnam y que el propio Armstrong aceptó ser el *King Zulu* en el carnaval *Krewe*, transformándose en un triste payaso reivindicador del derecho al pataleo frente a las mayorías racistas.

Rosso no quiso discutir, pero les contestó que hace milenios que los pueblos paganos necesitan fingir eufóricamente que la vida termina y recomienza cada fin de año porque no pueden concebir el horror de una temporalidad infinita y vacía.

Y yo agregué que la *fe loca* que irradian tanto las córneas como los dientes de un Satchmo ya terminal suscribe perfectamente el poema de Rosso que le gustaba más a mi tío Jerónimo: *Alcanza con creer. Con no creer no alcanza.*

21 / SALOMÓN

El resultado de la punción que le hicieron a mi padre en un nódulo tiroideo folicular descartó la malignidad, como era muy previsible.

Cuentan que a mi abuelo Salomón tuvieron que operarlo de lo mismo apenas enviudó.

Según mi madre era un *moishe* divino, y en la celebración de mi ordenamiento todos los parientes veteranos me comentaron que el viejo se hubiese sentido orgullosísimo de tener un nieto cura.

Mi padre me comunicó los resultados de la punción por Facebook y nos quedamos como una hora chateando y al final me asusté, porque sentí que estaba horriblemente triste.

Al rato me llamó mi hermana desde Viena y fue la primera vez en dos años que la escuché reconocer que si mi madre no encaraba una terapia iba a terminar mal de veras.

Una vez me contó mi madre que el viejo Salomón decía que si uno reza el *De profundis* como si precisase el abrigo de un pañuelo en la cara, el cielo responde siempre.

Y que mi padre pensaba que yo nací milagrosamente porque ella tuvo una terrible pérdida seísmesina y que al otro día el útero se recompuso de golpe y que ni él ni el obstetra fueron capaces de encontrarle una explicación científica al fenómeno.

Pasaron muchos años antes que mi abuela contara que aquella madrugada el *moishe* salmista le ofreció a Dios su vida por la mía.

Y después que hablé con Poli mi padre volvió a entrar al chat para confesarme que antes de leer el resultado de la biopsia también había ofrecido su vida con tal de que mi madre no terminara loca del todo, porque ahora la amaba más que cuando vivieron juntos.

22 / CÁRCEL

Mi tío Jerónimo decía que *Poeta en Nueva York* jamás se hubiese escrito sin *La balada de la cárcel de Reading* como referente inspirador y le doy la razón, aunque yo la leí recién hace unos días porque un bibliófilo militante y exquisito la posteó en el Facebook.

Y me avergonzó que un sacerdote con mi trayectoria haya demorado tantos años en conocer ese último y fulgurante desangramiento de la genialidad wildeana.

Pero el arte de los profetas demasiado indecentes siempre es mucho menos frecuentado de lo que Dios querría.

Mi madre *adoraba* a tío Jerónimo y nunca va a poder perdonarle su supuesto suicidio.

Y sé que todavía conserva escondida en una guitarra infantil de mi hermana Poli la última magnolia de la Más Dimensión que él le mandó desde Atlántida.

Mi madre soñó durante años con el vestidito de comunión que nunca pudo tener, porque en la casa creían en la libertad de cultos pero consideraban que un hombre es verdaderamente libre cuando no se arrodilla frente a nadie.

Mi segunda hermana murió de congestión a los ocho meses y Jerónimo supo seguir haciéndole brillar el corazón a mi madre.

Y después tuvo que *irse dando la vida*: el cardiólogo le había prohibido las relaciones sexuales, pero él se sintió *en misión* de purificar enamoradamente a una dama deshecha.

Oscar Wilde hubiese entendido perfectamente que aquella *sanación* no fue un suicidio.

Pero la mujer de mi padre terminó por petrificarse en la cárcel de la locura y cada día cree menos en la resurrección.

23 / PECHOS

Un guitarrista colombiano que se recibió de Magister Artium en Viena junto con mi hermana Poli forma parte del Frente Libertario Ateísta y se divierte colgando basura anticatólica que a veces hasta me hace reír.

Pero a veces se pasa.

Y lo peor es que cuando pierdo el control y le retruco algo terrible él pone que le gusta, lo que me provoca escalofríos de compasión culposa.

Mi seudónimo facebookero es *Detective de almas* y siento que si ese *puer aeternus* tan anal viniera a confesarse a mi parroquia me enfervorizaría por *resolver su caso* con la misma pasión ajedrecística del Padre Brown.

El colombiano usaba la imagen de una gárgola en su perfil y el otro día Abel Rosso le descerrajó el célebre soplamoco de Bertolt Brecht: *Colgada en mi pared tengo una talla japonesa / máscara de un demonio maligno, / pintada de oro. / Compasivamente / miro las abultadas venas de la frente, que revelan / el esfuerzo que cuesta ser malo.*

Y ya muy pasada la Navidad el *puer aeternus* posteo una imagen de Jesús con dos tetas semicubiertas por los pompones que se usan en los strips y contrataqué con Gelman: *¿y acaso Dios no sale de los hospedajes con una mirada triste en la / boca? alguno dijo / ¿y si Dios fuera una mujer? / ¡tetas de Dios! ¡blancos muslos de Dios! ¡lechosos! dijo / ¡leche de Dios! gritaba por los techos de todas la ciudad.*

Entonces la respuesta del atea libertario fue sustituir la gárgola por su propio rostro cabizbajo en el perfil del muro y me di cuenta que era un buen muchacho.

24 / SEXO

Supe que iba a ser cura a los diecisiete años, mientras recoríamos la Punta de Valizas con mi padre y vi salir del agua a una monumental muchacha rapada y en topless que me clavó unos ojos tan fosforescentes como sus pezones.

Era de tardecita.

Después ella se bajó un momento el bikini para sacudirse la arena y al ver su vellón azul sentí que me tenía que casar con la divinidad.

Entre los quince y los dieciséis años tuve dos novias pero no pude penetrar a ninguna: la primera no pasó de oralizarme en la Plaza Virgilio y la segunda se cubría el sexo con las manos trenzadas mientras yo machacaba tanto contra su horror que al final se me produjo una lesión en el glande.

Y después que Abel Rosso me contó que Augusto Torres se había hecho un tocado de plumas al estilo sioux para sentirse un pájaro salvaje, me di cuenta que nunca iba a poder enamorar a nadie si no lograba que me contemplaran como una garza de plumerío blanquísimo.

Tengo esa compleción y nací para desplegar ese incanjeable vuelo de empoderamiento.

Y puedo asegurar que tanto en la parroquia como en el Facebook ellas no me *ven* sino que me *adivinan* así, y que lo que necesitan sus Ledas interiores es que una vez en la vida las viole secretamente el Espíritu Santo.

También tuve novias platónicas y dos veces me confundí y soñé con colgar los hábitos para emparejarme carnalmente, pero esas son debilidades que al final se superan.

25 / SALINGER

Finalmente mi amiga facebookera que usa el seudónimo de *Franny Glass* no le pudo perdonar a J.D. Salinger que encabezara su saga relatando el suicidio del personaje central, y terminó por hacer un intento.

Lo asombroso es que me lo haya contado sin saber que yo fui nada menos que su catequista.

Entonces se me ocurrió comentarle que mi madre era actriz y que una vez que un escritor amigo le prestó *Franny y Zooey*, no pudo devolvérselo.

Porque ella logra respirar la mismísima PAX-LUX crística cuando navega por esas historias, pero después no tiene fuerza para dejar de sentirse *expulsada del paraíso*.

Y lo que sigue haciendo es releer el primer díptico de la familia Glass por lo menos una vez al año, como si necesitara hacer un crucero por los mares de Dios para después sobrevivir llorando.

También le comenté a la Franny facebookera que Abel Rosso le escuchó decir una vez a Onetti que *él no le veía salida a Salinger*, aunque sin fundamentar la opinión.

Pero es obvio que los *santos enfermos* terminan por ser *hombres muertos caminando* entre la incomprensión satánica que reina en cualquier parte y época del mundo.

Entonces la muchacha pudo asumir que cuando Salinger dejó de publicar en el 65, no hizo otra cosa que trasmutarse en su personaje central y se suicidó profesionalmente aunque con la tranquilidad de haber escrito libros-cruceros como los que le abrigan el horror a mi madre.

26 / CULPA

En la tomografía que le hicieron a mi padre para clarificar el enclave de un nódulo tiroideo somatizado después de una perversidad *ladymacbethiana* tejida por mi madre y mi hermana, también pudo constatarse *al pasar* que al viejo le había crecido un tumor gigantesco y aparentemente asintomático en el riñón derecho.

Pero uno de los colegas que lo tratan piensa que las puntadas que lo hicieron renguear entre agosto y octubre fueron confundidas con un recrudecimiento ciático cuando en realidad estaban denunciando la expansión del manzanazo kafkiano.

Dios sabrá.

Mi viejo me chateó la noticia agregando que ahora le daba la razón a Juan Carlos Macedo: era hermoso contemplar el mundo sedado por *las opacidades frutales del poniente*.

Y de golpe sentí que estaba confesándose como si yo fuera un cura común y corriente y no su hijo.

Entonces me enteré de que apenas internaron a mi abuelo Salomón completamente lúcido aunque ya hecho un pellejo, mi padre lo mandó desconectar sin consultarlo con mi tío Jerónimo porque no soportaba verlo morir de a poco.

La noche anterior había soñado que mi abuela lo investía con una especie de corona de ángel maligno, además.

Y enseguida de entrar en un coma desasosegado mi abuelo le agarró la mano con huesuda precisión, porque evidentemente lo estaba *viendo* mientras se despedía.

27 / FAMILIA

Mi madre es muy parecida a Simonetta Vespucci, y antes de que mi hermana Sabrina dejara este mundo a los ocho meses aceptó filmar el final de una película donde aparece tirada en una playa contemplando el estrellerío completamente desnuda.

Casiopea fue guionada por Abel Rosso, que logró que mi tío Jerónimo convenciera a su cuñada de que *debía rodar aquella maravilla* mandándole una magnolia de la Más Dimensión desde Atlántida.

Y el día que se estrenó la *première* televisiva mi padre estaba orgulloso de ver a su mujer ofreciéndole un símbolo de pureza venusina invencible a un país donde desde 1830 gobierna Satanás.

Yo era muy chico y en la escuela tuve que aguantar chistes espantosos, pero hoy pienso que ver aquella escena influyó decisivamente en mi decisión de hacerme sacerdote.

Lo verdaderamente trágico fue que al morir mi tío Jerónimo mi madre permitió que Satanás empezara a estragarle la *gratia plena* hasta petrificarla.

La familia se hizo pedacitos en pocos años y me dijo mi padre que esta Navidad lloró a gritos un *De profundis* para que la mujer de su vida no terminara por volverse irreversiblemente loca.

Y dos semanas después le detectaron un tumorazo en el riñón y ella le mandó un mail donde la belleza interior parecía reverberarle igual que en la escena final de *Casiopea*.

Entonces colgué en el Facebook el dicho más perfecto de San Juan de la Cruz: *Mejor es sufrir por Dios que hacer milagros*.

28 / DEGLUPTA

A mi viejo tienen que sacarle un riñón porque somatizó el odio femenino familiar atea vulcanizando un tumorazo y mi madre y mi hermana se asustaron de veras.

Aunque él se siente eufóricamente feliz por la reunificación que provocó la enfermedad.

Y justo hoy encontré en el facebook un informe con fotos asombrosas sobre el Eucalyptus Deglupta, que es capaz de mudar la corteza y generar colores arcoíricos.

Mi hermana acaba de diplomarse en Viena, y puedo asegurar que desde que era chiquita su guitarra rezuma un calidoscopio tímbrico tan *sanador* como el de esos árboles.

En un tiempo fue cristiana, pero ahora comparte las porquerías que cuelga una patota que *odia a Dios* en forma militante, aunque necesitándolo lastimosamente.

Yo soy cura y reconozco enseguida esa *minusvalidez satánica posposmoderna*.

Y sin embargo mi hermana la Deglupta hoy me etiquetó este diálogo de su escritor blasfemo preferido: *Charles Bukowski (Fragmentos de “Una dama salvaje”) -Sabés -dijo Monk, es maravilloso, es la gente excepcional la que hace girar el mundo. Es como si hicieran los milagros por nosotros. (...) -Así es -dijo la dama. (...) -Me parece que estás loca -dijo Monk. -También lo dicen de Juana de Arco -dijo la dama. -Supongo que viste arder a Juana de Arco en la hoguera -dijo Monk. -Yo estaba allí -dijo la dama. -Yo lo vi. -Mentira. -Ardió. Yo la vi arder. Fue tan horrible y bello (...) Movía los labios y rezaba, pero no gritó. -Macanas -dijo Monk. -Cómo no iba a gritar. -No -dijo la dama. -Hay gente que es distinta. -La carne es carne y el dolor, dolor -dijo Monk. -Subestimás el espíritu humano -dijo la dama. -Sí -dijo Monk.*

29 / ALBEDRÍO

A mi padre le extirparon un *carcinoma renal de células claras* o *hipernefroma*, y apenas volvió de la anestesia hizo un laringoespasma y pudo sentir que *se estaba yendo* y que *quería abandonar* este infierno tan querido.

Incluso lo asfixiaron sus viejas dudas religiosas hasta que lo invadió una proliferación de Avemarías y Padrenuestros que emergían como un cardumen de burbujas-perlas bombeadas por la Fonte.

Después se le aparecieron algunos rostros amados desde la infancia, y además se acuerda perfectamente de haber visto cuatro veces al Papa que acaba de renunciar orando por su alma.

A mí no me visualizó como su hijo cura: era apenas un adolescente con alas de garza.

Y también se acuerda que en un momento se puso a cantar con el pensamiento muy iluminado la segunda estrofa de la letra que le puso mi tío Jerónimo a la *Vidala* de José Pierri Sapere: *No hay necesidad de recordar / que la muerte no podrá reinar / porque las flores saben cantar / lo que Dylan Thomas escuchó.*

En el lado *de acá* solamente veía brillar una especie de *altura nacarada*.

Al final pidió ayuda tres veces y al darse cuenta de que estaba completamente abandonado pudo leer la palabra FE y eso lo hizo despertarse del todo y *volver*.

Ayer colgué esta historia en el Facebook y muchísimos amigos se maravillaron.

Y recién ahora me acuerdo de que mi padre tiene colgada sobre su cama una *Pietà* comprada en Roma que le regalé cuando se separaron con mi madre.

30 / PERDÓN

Mi hermana Poli vive en Viena hace años y le mandó a mi padre una grabación de la *Cançó del lladre* mientras él todavía estaba internado, después que le extirparon un tumor renal.

Ella es Magister en guitarra clásica, pero siempre cantó como una alondra mozartiana.

La letra está reinventada por mi tío Jerónimo sin prestarle atención al original, y mi madre conserva un demo maravilloso registrado por Cristina Fernández y Ana Inés Zeballos a fines de los 80.

Y enseguida la subí a Facebook y rompió todo, aunque no me animé a adjuntar el comentario de que el poeta se había inspirado en una reflexión leída en una novela de Abel Rosso.

Página 130 de la tercera edición de *Morir con Aparicio*: “Es una canción popular que recogió Miguel Llobet. Una belleza” dijo: “Siempre me hizo pensar que si Dios existiera vendría a ser una especie de ladrón dueño de lo que roba”.

Mi madre y Poli siempre odiaron a Dios, y estoy seguro de que mi tío Jerónimo pensaba en ellas cuando coronó el texto con esta dulcísima blasfemia:

Ya he perdonado al ladrón / dueño de lo que robaba.

Yo lo leí por primera vez mientras estaba haciendo el postulantado con los carmelitas descalzos y no me escandalicé en absoluto.

Y cuando mi padre oyó a Poli en el sanatorio pudo llorar en paz mientras agradecía que el tumor hubiese provocado la transfiguración definitiva del odio de mi hermana.

2013